

OBSERVACIONES

SOBRE LA IMPORTANCIA

DE LA

INSTRUCCION PUBLICA

POR

J. B. MENTEN

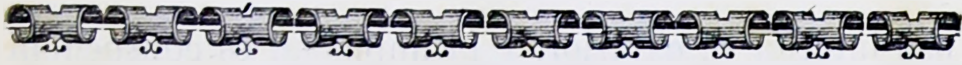


II

QUITO

—
IMPRESA DEL CLERO

—
1888



DEL INTERES

POR LA

INSTRUCCION PUBLICA.



En las observaciones preliminares sobre instrucción pública, he indicado en general los puntos que deben guiar al considerar la instrucción, el ramo más importante para la vida humana, por abrazar todo lo que se necesita para la perfección del hombre, siendo como es para todos en general el principio más ó menos marcado de desgracia ó de dicha en sentido material y espiritual. No es difícil conocer, cual es el influjo de la niñez y de la juventud en sentido moral sobre el porvenir. Una conciencia bien formada é inclinaciones dominadas desde el principio tendrán ordinariamente su influjo duradero para la vida; pero mucho mayor resulta este influjo en sentido contrario; pues, al soltar las riendas á las nacientes pasiones, la conciencia, aunque exista, aunque amoneste, nada puede contra el torrente de costumbres formadas; y vicios arraigados constituyen por naturaleza un carácter disidente, sin

paz interior ni exterior, y la impiedad es consecuencia casi necesaria, por salir del mismo tronco como el vicio.

Lo que se observa en lo moral tiene lugar también en lo físico. En cuántos está desacorde la vida con la niñez y la juventud! que pocos aprovechan de lo aprendido para utilidad positiva! Cuánta discordancia entre las esperanzas primeras y las consecuencias que sobrevienen!

La razón para todo esto es la falta del fundamento que establecimos en la Introducción, es decir que la niñez y la juventud son principios de la vida y que en consecuencia la enseñanza debese práctica en todo sentido, para todo hombre, para todas sus facultades y tendencias y para todas las circunstancias presentes, y cuanto es posible venideras, teniendo en cuenta la posición y el alcance de cada uno. Este principio es tan verdadero y al mismo tiempo tan amplio y tan grande que formará siempre la tendencia de todos, sin alcanzar su perfección jamás.

Verdades son éstas, que nadie ignora, y si acaso hay quien las rechaza para sí, lo que puede suceder, nadie las niega, y más raro fuera, que alguien no deseara aplicarlas para bien de sus hijos, porque el cariño de los padres es más positivo que á veces se cree para el verdadero bien y porvenir de sus hijos. Son muy raros, rarísimos los casos en que tal deseo de los padres no vaya de antemano por el sendero únicamente verdadero, principiando ante todo del alma y procurando con preferencia una educación tal que satisfaga á la conciencia de los padres y constituya el patrimonio más positivo para los hijos.

Al considerar los poderes que pueden y deben influir sobre cosa tan importante tenemos *primero los padres de familia*, después *la Iglesia* y al fin el *gobierno civil*.

Los padres de familia tienen por naturaleza el

deber de que hablamos por estar hasta cierto punto responsables por la vida presente y venidera de sus hijos. Fuera por tanto la indiferencia, si la hubiera, una falta positiva y tanto más grande, cuanto más consecuencias resultaran de ella.

Hay, sin embargo, casos, en que las criaturas crecen, como los árboles en medio bosque; resultan grandes de cuerpo, quedando el alma sin cultivo, hasta el extremo de descuidarse aun de la posición social y de todo oficio para la vida.

Asimismo se encuentra por lo contrario y casi siempre un interés verdadero en los padres de familia y ojalá fuera tan recto como es positivo, proponiéndose ellos un fin también positivo y deliberando sobre los medios que en efecto pueden conducir á tal fin.

Es un punto más que difícil para los padres de familia esta deliberación, mas, cuando las circunstancias no son favorables; y ordinariamente se dejan pasar los años de la niñez y quizás de la juventud, que son sin duda los más importantes, entregando el porvenir al acaso, ó al influjo exterior, ó también á las tendencias bien ó mal formadas y dominadas del niño.

Gracias al adelanto general vemos hoy día en todas partes un positivo interés para obtener una posición social, cuanto es posible digna, lo que exige instrucción y educación de parte de los aspirantes.

No por esto faltan equivocaciones; aun con el mejor interés y verdadero entusiasmo no se quita la posibilidad del error por ideas demasiado pequeñas y sentimientos, aunque en sí verdaderos, pero mal aplicados. Así es que la equivocación que sin duda alguna en muchos existe se traslada á la práctica para otros. Por fortuna no son raros los casos, en que uno quiere á otros con más rectitud y más interés

que á sí mismo, y en esto hay cosas inexplicables. Conocido es el principio general, que el mal no tolera á su lado el bien, al contrario lo persigue, siendo la última razón el evitar los remordimientos de conciencia, que muestran la propia deformidad al lado del orden y de la virtud. Que débil es la virtud al lado del vicio que con burla, sarcasmo y risa satánica tiende á desvirtuar y ridiculizar todo lo grande y hasta lo divino.

Si la juventud toma este rumbo, no así, los padres de familia. Algo de divino hay siempre en su interés y su cariño. Y en tierras lejanas no rara vez he visto el caso de padres de familia que en público por palabra y escrito se vanagloriaban de su incredulidad é indiferentismo, mientras en casa para sus hijos exigían instrucción religiosa hasta el punto de confiar también la educación á comunidades religiosas.

Casos contrarios no faltan tampoco en que todo es indiferencia y brillo exterior.

Acaso no es extraño oír de un padre de familia cristiano: "No quiero que mis hijos aprendan gran cosa; con algo de música y de canto me contento." Que triste herencia, si á esto se reduce todo. Dónde quedan los sentimientos más nobles del corazón, dónde la vida práctica, que las más veces trae cosas muy diferentes de música y canto, dónde el porvenir eterno.

Por más preciosos que sean estos dotes, como lo son en efecto, siempre quedará un pasatiempo, aunque el más digno, para dar expresión á nuestros sentimientos y á nuestra alegría, ó si quieren también para mitigar las penas y olvidar los pesares de la vida.

Si así se deduce la obligación de los padres no tenemos todavía el modo de ponerla en práctica que encuentra sus-mil dificultades, sea por falta de co-

nocimiento y aptitud, sea por falta de tiempo, sea también por la grande equivocación en que incurren suponiendo que pueden disponer libremente de sus hijos por el absoluto poder que tienen, poder recibido de Dios el cual deben emplearlo en consecuencia conforme á la voluntad de Dios.

El segundo poder que influye sobre la instrucción pública, el más poderoso y el más eficaz es *la Iglesia*.

El fin de la Iglesia, como todos saben ha sido y será siempre el bien verdadero del hombre con relación á la eternidad. En consecuencia no ha podido hacer abstracción jamás del bien en esta vida que se funda naturalmente en una sólida y verdadera instrucción.

Considerando así el fin con el destino dado por Dios mismo, señalando este deber, como único y principal, bien se comprende el gran interés que existe dentro de la Iglesia y sus instituciones, no por razones meramente humanas, sino por principios duraderos, divinos.

Si la práctica corresponde en efecto á tal destino, depende además de la voluntad humana y no hay que sorprenderse al encontrar indiferencia, donde por deber debía haber el más vivo interés en aquellos que están encargados directa ó indirectamente de tan alta misión.

La historia de la Iglesia nos muestra sin embargo, no sólo su afán y trabajo en este punto, sino también la consecución de tal fin. En ningún caso debemos imaginarnos las escuelas de los tiempos pasados como las hay hoy día. En la antigüedad se propagaba toda enseñanza por la familia, y aun entre los judíos, donde había una especie de Magisterio, lo más se reducía á enseñanza en la familia.

Las escuelas de los filósofos griegos que han dejado memoria no eran tampoco semejantes á las

nuestras. Pocos eran los maestros y muy pocos los discípulos. Los primeros acostumbraban hasta en los paseos dar sus enseñanzas. Los otros con la avidez de aprender la filosofía, lo de Dios y del hombre, se sujetaban á las condiciones más fuertes.

No es este el lugar de hablar sobre el desarrollo paulatino de la enseñanza; pero no es difícil comprender, con cuanta dificultad habrá luchado antes de la invención de la imprenta y de todos los medios que hoy están al alcance de todo el mundo.

Para reconocer el mérito que tiene la Iglesia en este ramo basta ver á quien debemos la conservación de tanto tesoro clásico de la antigüedad.

Si algunos, como libros, nos han quedado por haberse escrito en piedras conservadas hasta esta época, los demás se conservaron sólo por el interés de los conventos, costando la copia de cada ejemplar tiempo y trabajo bastante.

A este trabajo de abnegación y de interés para el bien humano debemos los preciosos tesoros de tantos países en tiempos tan diferentes.

Según todo cuanto nos refiere la historia sobre el particular debemos á los mismos conventos las primeras escuelas de enseñanza en materia y método conforme á aquellos tiempos.

El mérito verdadero encontramos en que la Iglesia comprendiendo la naturaleza del hombre y su tendencia no se ha concretado nunca sólo á la enseñanza de Dios, sino que ha abrazado aun las ciencias humanas en todo sentido y en toda su extensión. Basta ver hoy día lo que se debe á la Iglesia y á sus instituciones, las cuales por ella existen, en ella viven y de ella han aprendido hacer el bien en todo sentido.

Son estos también los elementos, casi dijera necesarios que con la idea del bien y el fondo innato del sacrificio prometen un resultado duradero por

no tener su fundamento ni su esperanza en porvenir humano.

El tercer poder que poco á poco ha llegado á tener un influjo positivo y en ciertas partes exclusivo sobre la instrucción pública es el poder civil y tal influjo es muy natural y aun necesario.

Cierto es que tenemos muchas teorías del poder civil y de la legislación, las más equivocadas, tomando por principio y fin, no el bien universal, sino cualquier bien accesorio. No puede uno dejar de reirse al leer en modernas publicaciones europeas la doctrina que el fin de los legisladores es el bien propio de ellos en primera línea, como axioma filosófico, y que aquellos pueblos son felices donde el bien de ellos concuerda con el de los legisladores. (Wiener. El orden del mundo).

La única sana teoría sobre el poder civil en toda su esfera es la de Santo Tomás que le señala por fin el bien común, tan general como sea posible y para cuantos sea posible.

En este sentido natural es que debía entrar también todo bien superior, por lo menos en cuanto es accesible á tal poder apreciando los bienes del alma tanto ó más que los bienes materiales.

Hé aquí la idea de un estado verdaderamente cristiano. Por desgracia han resultado muy raros los estados católicos y en muchos de ellos ha llegado al extremo la quiebra con el cristianismo, sino en teoría, por lo menos en práctica. No faltan en Europa los ejemplos.

Hay todavía Estados en los cuales se halla á la cabeza de toda enseñanza la religiosa, sea en teoría sea en práctica; hay otros donde rige la tolerancia, dejando por lo menos á la Iglesia el derecho de influir de un modo positivo, sin impedir, cuanto y con cuantos medios puede en su esfera, para obtener un fin práctico en esta vida.

Hay por desgracia también tales, y aumentan en nuestro siglo, que profesan una oposición sistemática á toda religión y declaman la emancipación de la Iglesia, como la adquisición última del progreso. Pobres ciudadanos que sin inteligencia ni resistencia están arrastrados á su verdadera desdicha, obligándoseles á no pensar en lo que más viva y espontáneamente el alma reclama. Aquí estamos en el campo del materialismo, triunfo de nuestro siglo.

Se dirá que en tales estados no hay interés y entusiasmo para la enseñanza. Sí, lo hay, pero tal que á veces es peor que la más grande indiferencia.

Este interés ó es el brillo exterior ó la utilidad material.

Fuera muy falso creer que lo que mueve tantas veces y casi siempre al individuo, el orgullo y la vanidad, que excitan la ostentación, no pudieran ser el móvil principal también en un gobierno ó en los que disponen de su destino. Ahí está la potente Rusia que ha hecho esfuerzós inauditos, con sacrificios inmensos de dinero, y atraendo de todos modos los elementos necesarios para ostentar ciencia y figurar entre las naciones civilizadas. Tal interés porsupuesto, deja poca cuenta á los súbditos, porque no puede ser general y menos todavía llenar el vacío que hay por naturaleza en la aspiración de cada uno.

Como se manifestará el verdadero interés, el entusiasmo positivo de la instrucción? Esta pregunta es digna de contestación? Será *el número de escuelas* que indica de antemano la perfección de este ramo? Parece en efecto que en este caso todos tres poderes, ó por lo menos uno ú otro de ellos hacen esfuerzos positivos, y no sin sacrificios, para obtener un resultado halagüeño. No falta sinembargo, observación que hacer, y aprovechamiento de esta ocasión para decir una palabra sobre los encargados de la

enseñanza.

Nadie ignora que la niñez y la juventud son el tiempo de sembrar, y que la cosecha corresponderá á la siembra. Exceptuando las impresiones exteriores firmemente impresas, el niño y el joven no traen nada para su futuro desarrollo; todo pensamiento, todo juicio, todo conocimiento, y más, todo sentimiento en buen ó mal sentido proviene en su mayor parte de la autoridad instructora, sea particular, como en la familia, sea general como en los establecimientos públicos de enseñanza.

Siendo, por tanto, el cargo mencionado de grande alcance, salta á la vista que al lado de un verdadero interés en los institutores se necesitan los conocimientos plenamente suficientes y experiencia, cuanta basta en su esfera para hacer la enseñanza práctica para la vida.

Recompensa material, brillo humano buscado por vanidad y orgullo no son motivos bastante poderosos en este caso. Se necesita mas, un interés tal que procede de la conciencia en vista de la posición que el institutor ocupa, más, un interés tal que hace suyos el interés y el porvenir de los educandos.

A esto podrá impulsar una recompensa material? Ciertamente no, si se considera esta vida monótona, este trabajo pesado y continuado, las más veces mal y en ningún caso dignamente recompensado, faltará muy pronto el alma del trabajo y decayendo el valor se reducirá todo á rutina.

Aunque se añada todavía el brillo humano, bien pronto se comprende que los laureles son demasiado pequeños para sostener el vigor en la enseñanza.

Dura por tanto sólo la conciencia que mira su deber y lo abraza con gusto, que conoce la responsabilidad por el porvenir de aquellos que le son confiados y trabajando con ahinco haciéndose todo para todos. Si se necesita inteligencia para saber algo

os.

bien y á fondo, más se necesita para comunicarlo haciendo fecundo el tesoro que posee.

Hé aquí un punto más que grave que haya institutores convenientes, ante todo de piedad, con los conocimientos suficientes, con la disposición práctica y talento para la enseñanza, y al fin con la experiencia que constituye una parte esencial de tal oficio.

Si para un oficio de artesanos se necesitan conocimientos y aptitud, no se necesitaría para instruir y educar?

Por más humilde y quizás despreciado parezca el empleo de que se trata en comparación de las altas posiciones y de la mucha inteligencia en otras esferas, queda, sin embargo, uno de los principales y de los más importantes.

Sabido es que sólo con interés hace el hombre algo de provechoso, y si esto vale para todos, aunque impere la inteligencia y la razón, es para los principios de la vida la única palanca. Y será, pues, muy interesante lo que según el modo ordinario de enseñanza hay que desarrollar? Parece más bien lo contrario. Hé aquí un campo inmenso de trabajo, una fuente para dedicación é invención, á fin de que el aprendizaje sea interesante y provechoso.

Sobreviene en este punto otra dificultad no pequeña y es la de comprender á todos los educandos en sus diferentes tendencias y capacidades. Muy mal desempeñaría uno su oficio, si se contentara en llevar al colmo de la perfección los talentos sobresalientes, que prometen positivo adelanto y honor para el que enseña, aunque grande es la tentación en este punto. Más provechoso y más meritorio es el empeño de ver por todos, no dejando los unos, ni descuidando los otros, llevándoles por el camino que les promete á cada uno su porvenir propio, y aquí sea dicho de una vez que los mayores talentos en este mundo son medianos, otros más que mediocres

y pocos, poquísimos sobresalientes, aunque el deseo de cada cual sea brillar en cuantas ocasiones se presentan.

Para más tarde me reservo entrar en los pormenores, tan luego que me ocupe del método y de las materias de enseñanza.

¿Será quizás la abundancia de los ramos que constituye la perfección de la enseñanza; y el porvenir de los educandos, como el desarrollo positivo de los establecimientos dependerán del aumento de las materias? Difícil es contestar de una vez sobre este asunto, antes de llegar al objeto propio de la enseñanza. En todo caso puede negarse tal aserción de antemano y más cuando la enseñanza es de cierto modo mecánica, como lo es en los primeros años.

No podemos, cierto, comparar las enseñanzas de hoy día en su conjunto con las de los siglos pasados, cuando eran muy reducidos los ramos de enseñanza. Hoy día á más de la enseñanza ordinaria y común, á más de la enseñanza superior primaria que mira el desarrollo de una sociedad culta y con preferencia una educación esmerada, merecen una atención privilegiada las diferentes carreras de ciencia práctica, sea para las necesidades del género humano, sea para su desarrollo, á lo que se añaden las exigencias de arte, industria y comercio y cuanto puede y debe interesar al hombre para su bienestar material y espiritual.

Queda, sin embargo, el principio tantas veces ya enunciado, que del efecto práctico, del alcance para la vida se juzgará sobre la conveniencia de los ramos de enseñanza.

En cuantos países la pobre juventud ha sido el sujeto de experiencias en este asunto y generaciones enteras numerosas han pagado con su triste porvenir las ideas de alta sabiduría que salen de una á dos cabezas, no digo, con mal fin; pero con fin poco

conocido y deliberado. Hay pocas naciones europeas que no dieran páginas de aclaración en este punto.

Cuantas otras naciones se han desviado por el mismo camino ateniéndose ciegamente á tradiciones antiguas. El error, por cierto, no es tampoco de mala voluntad y menos, por haber introducido ramos nuevos y en abundancia; pero sí, por haber perdido de un lado la penetración y significación de lo acostumbrado y por haber descuidado del otro lado el desarrollo que las exigencias del tiempo exigen con necesidad.

Este asunto podrá profundizarse sólo al tratar en particular sobre las materias de enseñanza en correspondencia al sin número de necesidades que existen y cuya satisfacción se exige de un modo imperioso y por tanto quedará para otra ocasión.

No fuera difícil mencionar otras manifestaciones de interés, en parte verdaderas, en parte equivocadas, unas que tienen su fondo positivo, otras que estriban en brillo y vanidad; pero al lado de lo expuesto no vienen al caso por distinguirse con facilidad lo verdadero de lo falso.

El que haya seguido desde años atrás el sistema de instrucción pública en este país no puede ignorar el verdadero interés que se ha manifestado y se manifiesta por todos tres poderes, conociendo cada uno en su esfera la importancia para la vida presente y venidera de la juventud. No puede faltar que tal interés bien dirigido traiga consigo opimos frutos para la sociedad.

Aquí fuera el caso de ciertas aplicaciones que se refieren á lo anteriormente dicho y de estas me abstengo. El proverbio antiguo dice: *Sapienti pauca*. Cada cual con buena voluntad encontrará lo bueno y lo malo, los defectos y el verdadero punto del interés; y para quien no entiende ó no quiere entender toda explicación ulterior es superflua.

